

Movilidad y estabilidad en una sociedad rural en México (Veracruz)

Odile Hoffmann

MOVILIDAD Y MIGRACIÓN se asocian con frecuencia, a tal punto que se llega a confundirlas. La movilidad se hace más evidente a medida que las migraciones son más importantes en el tiempo y en el espacio. Una sociedad será tanto más “móvil” cuanto que sus miembros emigren o regresen con frecuencia del o al “país”. En México las migraciones son un fenómeno antiguo e importante, muy estudiado en lo que concierne a las migraciones a larga distancia, hacia el extranjero (los Estados Unidos) o de estado a estado. Sin embargo, los datos disponibles y los métodos actuales de censo no permiten establecer con claridad las condiciones en las que se desarrollan las migraciones cortas, dentro de un mismo estado o de un mismo municipio (véase un ensayo de análisis a partir de los censos de 1960 y 1970 en Nolasco, 1979), aunque se sabe por sondeos y encuestas que son a veces considerables (Cosío Zavala, 1986). Por otra parte, la movilidad se analiza con frecuencia en términos de adaptación de un sistema social a su medio ambiente, natural o socioeconómico. En el caso de poblaciones rurales campesinas, puede tratarse de una adaptación secular a un medio ambiente natural específico (sociedades nómadas o seminómadas), o de una respuesta a transformaciones radicales del entorno económico (caso de las migraciones de trabajo, temporales o definitivas, y de los frentes de colonización o de población).

Entre estos dos extremos, las poblaciones rurales sedentarias, con poca migración, o en todo caso con migración discreta, siguen siendo percibidas todavía como estables o casi inmóviles, caracterizadas por el apego a sus tierras y por múltiples vínculos (culturales y religiosos, sociales y económicos) a sus territorios. El peso de

la historia se invoca con frecuencia —a menudo sin precisar bien el porqué y el cómo— para explicar una cierta permanencia en el tiempo y el espacio; se presume que en estos casos las adaptaciones a situaciones desestabilizadoras (introducción de la economía de mercado, integración al espacio nacional, crecimiento demográfico...) toman otras vías que la movilidad, como por ejemplo transformaciones de los sistemas de producción o cambios en los comportamientos demográficos.

Quisiéramos en este artículo contradecir un poco estas orientaciones y ver la movilidad como un elemento positivo y no solamente de respuesta o reacción, un factor de permanencia y de coherencia propio del sistema social, un elemento a la vez estabilizador y dinámico.

El ejemplo escogido se presta bien a tal análisis: se trata de una sociedad rural campesina en México, en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, alrededor de Xalapa, capital del estado de Veracruz. Es un espacio añejo, de cultura prehispánica pero muy integrado a las redes modernas de producción y comercialización, en particular a causa de las plantaciones de café que estructuran la economía regional. Es un espacio bastante poblado, con densidades de aproximadamente 100 habitantes por kilómetro cuadrado. Es un espacio diversificado tanto en el plano ecológico —con un fuerte gradiente altitudinal (de 1 000 a 4 000 m de altura en 20 km)— como en el plano económico (diversidad de las producciones agrícolas) y en el social (presencia de la ciudad y de las instituciones del Estado, del comercio, etc.). A las vertientes con pendientes fuertes, cubiertas de pastos, de bosque y de parcelas de cultivo (maíz y papas) se opone la “zona baja”, zona de producción cafetalera con pendientes suaves. Esta oposición entre “zona alta” y “baja” es la característica principal de la organización del espacio regional, que rige en parte los flujos estacionales de mano de obra y de productos (cf. Biarnes y Hoffmann, 1989). En la franja montañosa se encuentran pueblos y caseríos con viviendas de madera, ligadas entre sí y con los poblados de la zona baja —cafetalera— a través de caminos difícilmente transitables que requieren un mantenimiento costoso y permanente.¹

¹ En el análisis de casos se insistirá sobre todo en la parte alta de sierra de la región de estudio. Nos apoyaremos en los datos relativos a un municipio de la región, el de Xico: en la actualidad con 18 000 habitantes repartidos en 176 km². Un tercio de la superficie lo forma la alta montaña inhabitada y el resto se reparte entre zonas de cultivo de maíz y de ganadería bovina en la parte intermedia y la zona cafetalera abajo de los 1 400 metros.

Esquematisando, se podría hablar de un espacio regional relativamente estable, que permite la diversidad de realización de toda una serie de complementariedades e intercambios intrarregionales. Notemos por ejemplo la ausencia de toda migración significativa hacia los Estados Unidos.

¿Cómo y por qué hablar de movilidad en un espacio aparentemente tan estable? Por el estudio de los censos, por la historia oral, por el análisis de las trayectorias familiares, por encuestas y entrevistas, no se puede soslayar la sorprendente movilidad de estas sociedades, grupos e individuos. De algún modo habría que invertir los términos de la ecuación. El arraigo —bien real— en el espacio y el territorio, sólo existe por una movilidad permanente de los diferentes actores, individuos y grupos sociales que viven y habitan este espacio.

Estabilidad y movilidad: cuestión de escala

La región cafetalera

En un trabajo anterior sobre la región de Xalapa (Hoffmann, 1986) se habían reconocido tres tipos de configuración del poblamiento, basándose en las proporciones relativas de habitantes “en la ciudad” (más de 2 000) y en pueblos y caseríos, por municipio. Identificábamos entonces:

— Los municipios rurales, con 40 a 70% de residentes en poblados importantes, que corresponden a la zona de producción cafetalera, a lo largo de una franja que se extiende desde los 900 a los 1 400 m de altura.

— Los municipios situados más arriba, en la sierra, que tienen en general menos del 40% de los residentes en los pueblos principales, de más de 2 000 habitantes.

Además de subrayar la diferencia y la especificidad de los esquemas de repartición de la población en la zona baja y la sierra, el interés consistía sobre todo en destacar una sorprendente estabilidad de estos tipos de configuración desde 1940. No hubo redistribución global de la población entre los pueblos y el campo. De nuevo se impone la imagen de una región estable. Descendiendo a un nivel inferior, dentro del municipio, reaparece una movilidad abundante, y a veces desordenada. Partiremos de los “tiempos antiguos” para llegar a la situación actual.

El municipio de Xico

Los datos arqueológicos mencionan varios sitios antiguos (siglo X-XVI) en la región de Xalapa, de los cuales varios se ubican alrededor de Xico. Ya en el momento de la conquista española, el actual municipio parece funcionar como un territorio estructurado en torno a un centro, Xicochimalco, situado en la sierra —actual Xico viejo—, y tres “aldeas” situadas más abajo, donde se cultivaba maíz y frijol.

La congregación de 1601 impone el reagrupamiento de toda la población en el nuevo pueblo de Xico, en la parte baja del municipio, y la destrucción de pueblos y caseríos de la montaña.

Los documentos disponibles sobre los siglos XVII y XVIII mencionan unos cincuenta lugares. Sin embargo, no precisan si están o no habitados. La población sigue siendo en su mayoría indígena y las actividades agrícolas continúan siendo “tradicionales”: cultivo de maíz-frijol-calabaza por los campesinos, y de ganadería y caña de azúcar por los grandes productores, hacendados y rancheros, en su mayoría españoles o “criollos”.

Hay que esperar al siglo XIX para obtener datos más precisos. Vemos entonces aparecer, sobre todo en la sierra, numerosos caseríos y pueblos, muchos de ellos hoy desaparecidos. Parece que después del reagrupamiento autoritario de principios del siglo XVII, la población “remonta”, en orden disperso, hacia una multitud de pequeños caseríos —probablemente casas aisladas—, de los cuales hacen mención los diversos censos. Hacia el fin del siglo XIX y el principio del XX, las casas se reagrupan bajo la presión de los grandes propietarios que compran tierras y las “vacían” de sus habitantes: el número de localidades disminuye pero el repoblamiento continúa. Del 14% de la población que habita en 1871 fuera de los grandes pueblos, se pasa en 1920 al 34%, y se estabiliza entre 40 y 50% desde 1940 hasta nuestros días. La sierra se vuelve a poblar, pero según un patrón de asentamientos más concentrado que en épocas anteriores: al mismo tiempo que aumenta la población, se dejan espacios despoblados a medida que progresan los acaparamientos de tierra por parte de los propietarios residentes en la ciudad de Xico o en ciudades vecinas.

Asistimos, pues, a un proceso histórico de despoblamiento--repoblamiento--despoblamiento de la montaña hacia o a partir de la ciudad de Xico, según modalidades variadas de intervención y participación de los mismos habitantes. La zona baja, muy controlada desde la conquista, ha sido mucho menos expuesta a tales os-

cilaciones. Los movimientos de población continúan en el siglo XX, como lo demuestra el análisis de los datos censales.

Los censos

Sin entrar en detalles, es preciso observar que los problemas de nomenclatura impiden la mayor parte del tiempo un aprovechamiento inmediato y confiable de los censos. Éstos proporcionan, de algún modo, la "materia prima", los elementos de base para un análisis que se apoya entonces sobre otras fuentes o métodos de investigación: la historia oral y los documentos de archivo, para reconstruir en el tiempo la dinámica de poblamiento, y el tratamiento cartográfico para aprenderla en el espacio. Sólo a partir de esto se puede abordar razonablemente el aprovechamiento cuantitativo de los datos censales.

Para el municipio de Xico, en los siete censos disponibles (censos decenales de 1920 a nuestros días), están mencionadas 51 localidades; de las cuales un poco menos de 30 son tratadas de manera continua desde 1940. Las fuentes anexas nos han permitido reconstruir la historia de las localidades, y distinguir las "verdaderas" desapariciones o creaciones de pueblos con respecto a las "falsas" que sólo resultan de las modalidades del censo (cuadro 1).

Ha habido, pues, en el espacio de 60 años, ocho creaciones de pueblos y siete desapariciones, lo que es bastante considerable en relación con el número total de localidades.

Cuadro 1

<i>Año del Censo</i>	<i>Número de localidades</i>			
	<i>Población</i>	<i>"Creaciones"</i>	<i>"Desapariciones"</i>	<i>Total</i>
921	6535			9
930	7904	+ 15	— 2(1 verdadera)	22
940	9922	+ 11 (4 verd.)	— 1	32
950	11326	+ 7	— 3	36
960	11762	+ 3	— 3	36
970	14538	+ 3 (2 verd.)	10(6 verdaderas)	29
980	18169	+ 9 (2 verd.)		38

La mitad de los pueblos creados, lo fueron en la década de 1940, durante la repartición de los ejidos. Se trata aquí de una movilización fuertemente suscitada por el Estado, a través de las instituciones de la Reforma Agraria, sobre todo hacia la zona baja. En efecto, los ejidos creados en la sierra se han desarrollado alrededor de núcleos de población ya existentes.

Más recientemente, una nueva "ola" de creación de pueblos, en los años 1970-1980, corresponde a la ampliación de las tierras de cultivo, a una microcolonización de tierras ejidales, hasta ahora dejadas en barbecho. Los "invasores de tierra" son hijos de ejidatarios o comuneros vecinos que ocupan terrenos inexplorados, a veces por la fuerza y en la ilegalidad, e instalan luego unos jacales para legitimar y asegurar su estancia. El desplazamiento de población —la movilidad— está entonces directamente relacionado con la propiedad y con la disponibilidad de tierras. Resulta de un cambio en las relaciones de fuerzas entre los ejidatarios, "propietarios" oficiales de tierras que no cultivan, y los campesinos-comuneros sin tierra y sin estatuto que las reivindican. Notemos que estos procesos se dieron de manera semejante en los "altos" y en la parte cafetalera del municipio. La movilidad y la creación de pueblos expresan entonces una verdadera "competencia por la tierra", cualquiera que sea la zona considerada. (Cambrezy, 1988).

Al contrario, las desapariciones de pueblos sólo afectan la parte montañosa del municipio, esencialmente en los años de 1960 (puesto que las localidades ya no aparecen en 1970). Volvemos a encontrar aquí una movilidad suscitada por la llegada de nuevos propietarios, ganaderos en su gran mayoría, un poco a semejanza de lo que ocurrió en el fin del siglo pasado y el principio de éste. Después del periodo de repartición de tierras, en los años 1930-1940, comienza un periodo de recuperación y de consolidación de los grandes terratenientes los cuales, temiendo afectaciones agrarias, no habían invertido en las partes serranas en los años precedentes. De nuevo empiezan a comprar en los altos, modernizan sus unidades de producción, introducen o reintroducen ganado bovino y expulsan de sus tierras a los habitantes. Éstos eran en realidad poco numerosos. La desaparición de los caseríos es más un signo del fin de una cierta forma de apropiación del espacio rural por parte de los campesinos que un auténtico flujo de población.

Las creaciones y desapariciones de pueblos son fenómenos de movilidad colectiva, reveladores de las presiones y coacciones ejercidas sobre una sociedad campesina, así como de sus relaciones con el espacio. Pero también existe una movilidad individual o fami-

liar, que conduce a largo plazo a modificaciones de la repartición y la distribución de la población en un espacio dado.

El análisis cartográfico de la evolución de la población de Xico entre 1950 y 1970 (los censos juzgados más confiables en ausencia de datos para 1980) destaca comportamientos diferentes entre la zona baja, cafetalera, y la zona de sierra: en la primera, la población aumenta al mismo ritmo que el promedio regional y de modo relativamente homogéneo de un pueblo a otro; al contrario, la zona serrana es mucho más heterogénea. Algunos pueblos vegetan o hasta disminuyen en cifras absolutas, otros siguen el crecimiento medio regional, otros aumentan mucho más rápidamente. Estos ritmos diferentes no pueden estar directamente vinculados al tipo de tenencia de la tierra —propiedad o ejido—, ni al tamaño, ni aun a las situaciones específicas de cada pueblo (comunicación, dificultad de acceso). De hecho, esta zona alta aparece particularmente dinámica en la medida en que se dan ahí todos los casos considerados. En ella encontramos una característica que podría quizá generalizarse a toda la franja de la sierra: “en la sierra, los municipios que han conocido un fuerte crecimiento del número de localidades se encuentran al lado de municipios que han evolucionado poco o nada” (Cambrezy, 1988). La sierra es sede de fenómenos contradictorios, de partidas y llegadas, de movimientos internos importantes, que no encajan en el marco de una interpretación global en términos de atracción o de expulsión de población. La extrema movilidad debe ser analizada a nivel de pueblos y hasta de familias, para entender sus motivos y procesos.

La movilidad en el pueblo: Cocoxatla

El caserío de Cocoxatla probablemente se fundó en el siglo pasado, con motivo de la instalación de un ganadero sobre tierras recientemente adquiridas. El pueblo prosperó, luego decayó durante la Revolución, y reapareció en los censos a partir de 1940. Contaba en 1984 con unos cincuenta habitantes, todos más o menos emparentados, repartidos en ocho viviendas. Se ha podido reconstruir el árbol genealógico de la familia extensa y la historia de la residencia en Cocoxatla, con las salidas y llegadas desde hace dos generaciones.

Todos los habitantes de Cocoxatla poseen ahí tierras en propiedad o en usufructo. Sólo se llega a Cocoxatla o se permanece ahí si se tiene acceso a la tierra. No existe regla sistemática de patri o matrilocalidad, sino que depende del acceso a la tierra: aquel de

los esposos que aporta la propiedad es el que se queda en su lugar de origen y funda ahí su familia. Sin embargo, en caso de doble patrimonio, la residencia es de preferencia patrilocal. La movilidad conyugal está, pues, directamente ligada y subordinada al acceso a la tierra. Esto es cierto para la generación actualmente residente. El análisis de la procedencia de los cónyuges y del destino de los más jóvenes que parten, viene a matizar esta aseveración.

En las dos generaciones estudiadas, once cónyuges (cinco hombres y seis mujeres) vinieron a vivir a Cocoxatla. Cuatro de ellos provienen de las cabeceras municipales vecinas, Xico e Ixhuacán; todos los otros son originarios de caseríos o pueblos de los alrededores inmediatos. Se trata de una "pequeña" movilidad, rural y a corta distancia, y por esa razón totalmente oculta por los análisis globales. Sin embargo, es importante discernirla y reconocerla puesto que ella prueba la sorprendente vitalidad de una circulación "clásica" de los hombres y de las mujeres, en el marco de redes familiares y matrimoniales muy localizadas. La tierra es determinante.

En la última generación, se cuentan unas veinte partidas (y aproximadamente una treintena de descendientes todavía jóvenes y que permanecieron en el lugar). Únicamente tres personas (dos mujeres y un hombre) fueron a instalarse a poblados de los alrededores. Los otros, la gran mayoría, se fueron a los grandes poblados y las ciudades de la región, incluyendo Coatepec, Xalapa y Veracruz. Algunos son ahí peones, otros ocupan pequeños empleos, o algunas veces trabajan, si tuvieron la suficiente educación, como maestros, profesores o abogados. La movilidad es claramente del espacio rural hacia el urbano; el lazo matrimonial y la tierra ya no determinan el momento de la partida ni el destino.

En dos generaciones, la movilidad ha conservado su importancia pero ha cambiado de forma (dirección y motivos). Queda, sin embargo, una constante: el que tiene la tierra permanece en el lugar (¿o es el que permanece en el lugar el que hereda la tierra? Esto sería entonces el signo de una transformación más profunda, pero de naturaleza parecida). Ha habido cambio de lógica; la movilidad se inscribe desde ahora en un marco espacial mucho más amplio, en una red de determinantes mucho más diversificada, con objetivos que se integran más en la sociedad regional (no local) dominada por la imagen de la ciudad y de lo urbano.

Sin embargo, es posible otra interpretación: estos dos tipos de movilidad no se suceden en el tiempo sino que coexisten, siendo el pueblo únicamente el lugar de su coincidencia. La primera, la "pequeña" movilidad, la que otros llaman la migración de proximi-

dad, responde a una estrategia de ocupación del espacio, donde la tierra sigue siendo lo determinante mientras haya disponibilidad de ella. Más allá, y en una situación de crecimiento demográfico elevado, la pequeña movilidad ya no basta para mantener un cierto equilibrio y se transforma entonces en migración hacia la ciudad. Pero antes de alcanzar las proporciones de un verdadero éxodo rural, la movilidad a corta distancia se juega todo para agotar las posibilidades locales o regionales (migraciones de trabajo, cotidianas o estacionales, desplazamientos de un pueblo a otro).

La movilidad en la sierra aparece como una práctica a la vez antigua y actual, que sin embargo no tiene las mismas modalidades ni el mismo significado según las escalas consideradas y según las épocas. Basándonos en la combinación de dos criterios elementales (el carácter individual, familiar o colectivo de la movilidad, y el tipo de actores involucrados), se pueden distinguir diferentes tipos de movilidad, todos en la porción de sierra estudiada. El objetivo de esta "tipología" es distinguir las fuerzas sociales capaces de incidir, en un momento dado, sobre la organización del espacio y la repartición de la población, y de ver en qué medida la población campesina participa, aguanta o induce tales transformaciones. En otras palabras, ¿es la movilidad una práctica campesina, serrana, o sólo es una respuesta a situaciones impuestas desde el exterior?

Como la mayoría de las tipologías, ésta identifica categorías que en realidad conforman una continuidad. Esta va desde la movilidad impuesta por el exterior (el Estado es entonces el principal agente) hasta la movilidad "espontánea", en cuyo caso las sociedades locales están en el origen del flujo. Entre estos dos extremos existen casos de movilidad que llamaremos "suscitada", difíciles de describir en pocas palabras. Retomemos estas tres categorías.

Ya al principio del siglo XVII, la Corona española había intervenido directamente en la organización espacial del poblamiento a través del reagrupamiento autoritario de las poblaciones en algunas localidades de más fácil control. El proceso de la congregación, en el caso estudiado, fue el origen del desarrollo de la ciudad de Xico. En los siglos posteriores (XVIII, XIX), y de manera progresiva, una parte de la población campesina vuelve a subir y crear o recrear rancherías y poblados, sin intervención alguna del Estado.

En el siglo XX, de nuevo, en el periodo de disturbios revolucionarios, el poder central impone la "concentración" de los habitantes de la montaña en los poblados de la zona baja (en el caso estudiado Xico, Xalapa o Coatepec). Aunque fue por un periodo corto (varios meses), provocó en algunos casos la desagregación y

desaparición de comunidades de la sierra, ya que la totalidad de sus habitantes no volvió a su lugar de origen.

Mucho más recientemente, ha aparecido otro tipo de movilidad colectiva impuesta. En efecto, los planes de desarrollo que se multiplican en las últimas décadas de este siglo, imponen muchas veces, como condición previa a toda obra de interés colectivo (introducción de agua, electrificación, instalación de centros de salud, de educación, distribución de créditos o subsidios), el reagrupamiento de la población en los pueblos importantes o su traslado hacia sitios juzgados como más racionales o aptos para recibir estos servicios.

La movilidad campesina, en estos casos, está sometida a directrices que provienen de fuera (“de arriba”) y que son difíciles de evadir. Los actores son fácilmente identificables y se trata de una movilidad esencialmente colectiva, donde se enfrentan el Estado y las colectividades locales.

Por el contrario, en la movilidad “espontánea” no hay un actor que motive o decida el movimiento, sino una conjunción de actores y de factores; una coyuntura que provoca o favorece la movilidad. Ésta toma entonces formas mucho más diversas que la movilidad impuesta: coexisten las movilidades individuales (tipo migraciones laborales), familiares y colectivas. Nos ocuparemos en primer lugar de la movilidad espontánea colectiva.

Ésta se encuentra en el origen de la “desaparición” o extinción de pueblos cuando los recursos son claramente insuficientes, por falta de tierras (después del acaparamiento de tierras por ejemplo), de producción (ahí donde se cultiva sólo el maíz con rendimientos demasiado bajos e irregulares), o de trabajo (después del cierre de una obra o de una gran unidad de producción agrícola cercana). Por el contrario, puede haber creación de pueblos derivados de la ocupación, legal o no, de nuevas tierras y su aprovechamiento por campesinos venidos de pueblos y rancherías de la sierra. Estas movilidades son entonces independientes de las iniciativas directas del Estado. Reflejan más bien una cierta coyuntura socioeconómica local, así como el nivel de correlación de fuerzas y poderes en el interior mismo de la sociedad local: ésta acepta o no, con más o menos conflictos, una nueva repartición de la población y del acceso a los recursos.

Entre estas dos categorías extremas y relativamente fáciles de describir, las movilidades suscitadas son movimientos de población que responden a iniciativas exteriores pero bajo formas y ritmos propios de la sociedad local. Se podrían citar tres ejemplos que muestran las diferentes fuerzas presentes en el campo rural.

1) Hacia el final del siglo XIX, la aplicación de las leyes de desamortización (en 1826 para Veracruz, en 1856 para el país, aunque de manera efectiva hacia 1880) y un cierto fracaso del sistema de las haciendas, al menos en el caso de la región, se conjugan para favorecer la emergencia de una nueva clase de terratenientes que acaparan las tierras situadas en las estribaciones de la sierra (las tierras ubicadas en la zona cafetalera permanecen más tiempo bajo el control de la antigua oligarquía agraria). Expulsan entonces a los habitantes, que bajan hacia el pueblo o se reagrupan para incrementar los caseríos ya existentes y no tocados por esta ola de nuevos propietarios. El acceso a la tierra para una nueva categoría de agricultores-ganaderos —los “rancheros”— significa la expulsión de campesinos de estas mismas tierras.

2) El segundo ejemplo pone en juego a los mismos actores pero con papeles diferentes: siempre en la misma época, estos nuevos propietarios-rancheros, algunos de ellos, se dicen promotores de una explotación racional y “moderna” de sus tierras (estamos al final del siglo XIX, periodo de los “científicos”, favoritos del presidente Porfirio Díaz). Instalan aserraderos en las zonas boscosas de explotación forestal, establos con ganado bovino seleccionado e importado de los Estados Unidos en zonas de pastizales, plantaciones de café y de cítricos un poco más abajo. Todo esto requiere mano de obra, tanto para la instalación inicial como para su funcionamiento ulterior. Así es como nacen algunos pueblos, caseríos rápidamente dotados de escuelas, de caminos de acceso y hasta de teléfono, poblados por los antiguos campesinos o por los habitantes de los pueblos cercanos (cfr. Hoffmann, 1989). Las empresas rurales, forestales o agrícolas contribuyeron así al poblamiento y a la redistribución de la población en la sierra hasta la Revolución.

3) Nuestro tercer ejemplo va a provocar una formidable movilidad en el mundo campesino, con flujos de población ligados a las reparticiones de tierra durante la Reforma Agraria. En Xico por ejemplo, los censos relativamente fiables de esta época informan que “la población de Xico casi se ha duplicado entre 1925 y 1934 (de 4 911 habitantes a más de 9 000), con las emigraciones de los pueblos vecinos o de regiones alejadas” (Archivo de la Secretaría de la Reforma Agraria). La población permanece estable algunos años, luego disminuye abruptamente (5 804 habitantes en 1940), y desde entonces aumenta a un ritmo anual similar al promedio regional: 1.68% entre 1940 y 1950; 2.39% la década siguiente; 3.35% entre 1960 y 1970, y 4.33% entre 1970 y 1980 (Hoffmann, 1986).

Este repentino aumento de la población en los años 30 corres-

ponde exactamente al agitado periodo de dotación provisional de tierras, el cual concluye en Xico en 1940. La historia oral da cuenta de esta extraordinaria ebullición, de esta respuesta inmediata de los campesinos sin tierra dispuestos a dejar todo y marcharse a cambio de algunas parcelas que cultivar.

Esta tercera categoría de movilidad —“suscitada”— está menos definida que las otras dos. Se acerca a la movilidad impuesta en algunos casos (durante la Reforma Agraria con la creación de ejidos, por ejemplo), y a la movilidad espontánea en otros (creación de pueblos debido a la oferta de trabajo durante la instalación de ranchos). Sin embargo, se ha querido distinguirla en la medida en que subraya el papel desempeñado por “intermediarios”, locales o regionales, ligados al poder central y a sus orientaciones políticas de desarrollo, al mismo tiempo que permanecen “sometidos” y dependientes de las situaciones locales sobre las cuales actúan.

Por otra parte, esta distinción corresponde a percepciones y usos diferentes del espacio, espacio de control político para el Estado, espacio de producción para los rancheros, espacio de trabajo, de reproducción y de vida cotidiana para los campesinos. Para estos últimos, la movilidad es una práctica diaria, como se puede ilustrar a través de las viviendas y los caminos, dos elementos básicos de la vida cotidiana.

La vivienda, lugar por excelencia del patrimonio, del arraigo, de las herencias y de las tradiciones, es bastante precaria, construida con tablas con frecuencia mal unidas que protegen poco del frío y de la humedad del invierno. Ubicada a veces en un pueblo, la mayoría de las veces un poco aislada, es susceptible de un “traslado” rápido en caso de necesidad: un terreno recién adquirido, una venta forzada, o un desacuerdo con los vecinos, y la casa puede ser desarmada y reconstruida en algunos días un poco más lejos. Los gastos mayores consisten en la preparación de la base y la instalación de las conexiones de agua (tubos y llaves). Semejante tipo de traslado no es frecuente pero siempre es posible. En un nivel elemental, familiar, la movilidad existe, real o potencial.

En cuanto a los caminos, son la expresión misma de la movilidad. Anchos o estrechos, de tierra o calzados de piedra o leños para evitar la erosión, son la condición de existencia de los pueblos de la sierra y representan en numerosos casos un motivo de disputas entre los pobladores y los otros usuarios o promotores (cf. Hoffmann, 1989b). No existe comunidad “clausurada”, “cerrada sobre sí misma”, ni siquiera en los extremos de la sierra. Todos los días los hombres bajan para trabajar o para abastecerse en el po-

blado. El domingo, el mercado y la misa atraen a las mujeres y a los niños en edad de caminar. Las fiestas familiares, deportivas o religiosas, son la ocasión de encuentro entre los caseríos y los pueblos vecinos.

Todo el espacio está como irrigado por una circulación intensa y diferenciada de sus habitantes (hombres, mujeres y niños, peones o comerciantes, compradores o vendedores), con circuitos y ritmos específicos de cada uno. Sólo esta irrigación permite el mutuo conocimiento y la cohesión de este espacio rural montañoso. Más recientemente, el desarrollo de los servicios del Estado y de las instituciones (escuelas secundarias, centros de salud, bancos, registro civil...) acentúa todavía más esta movilidad de la sierra hacia los poblados, y hacia abajo. Por otra parte, este movimiento está ya ampliamente trazado por las migraciones estacionales de trabajo agrícola. La más importante es la que surge en el momento de la cosecha del café. En un espacio físico y socioeconómico tan diversificado, la movilidad es garantía de sobrevivencia, la única forma de acceder a la diversidad de los recursos regionales.

Conclusión

Un estudio reciente sobre la región centro de Veracruz, señala la extrema dispersión de la población rural, con una clara tendencia a la atomización desde 1920. Las más pequeñas localidades rurales serían además particularmente dinámicas, puesto que "son las que conocieron las tasas de crecimiento (de población de 1920 a 1980) más elevadas. Se encuentran en primer lugar las rancherías, seguidas por las congregaciones y luego los ranchos" (Cambrey, 1988). Este autor continúa precisando las relaciones entre dicha dispersión y la situación de la tenencia de la tierra en las diferentes épocas: "lo que aparece con fuerza es la naturaleza extremadamente localizada de esta relación que es producto de las relaciones de fuerza en presencia". Habría que relacionar la dispersión con una "competencia por la tierra", en la cual la Reforma Agraria desempeña el papel más importante.

Colocándonos a la escala de un municipio de la franja montañosa de esta misma región, encontramos los mismos resultados, añadiendo algunas indicaciones sobre las formas y los móviles de esta dispersión:

- a) La dispersión de la población es un hecho antiguo, que data al menos del siglo pasado y probablemente del anterior.

b) La dispersión se da al mismo tiempo que una gran movilidad de los habitantes, con frecuentes creaciones, pero también desapariciones de pueblos, sin que unos remplacen forzosamente a los otros.

c) La movilidad espacial de los habitantes no es una consecuencia del extraordinario crecimiento demográfico observado desde los años de 1940.

d) La movilidad y la dispersión (fenómenos relacionados pero no equivalentes) están ligados a la tenencia de la tierra sin que haya entre ellos relación simple, sistemática o exclusiva.

La movilidad es un viejo proceso con forma siempre renovada, que debe captarse a varias escalas o niveles de análisis. Puede ser interpretada de manera contradictoria, dependiendo de que se insista sobre el margen de autonomía y maniobra campesina que ella muestra, o, al contrario, sobre el papel preponderante que desempeña el Estado y las capas sociales dominantes. Las dos son verdaderas. Los grados y objetivos de movilidad cambian según las épocas, las situaciones y las relaciones de fuerza. En ciertas épocas, el Estado, por una parte, y los grandes propietarios, por otra, han sido capaces de originar o de imponer movimientos de población dirigidos hacia sus intereses más o menos inmediatos. Por otro lado, las colectividades campesinas han podido y sabido aprovechar rápidamente algunas situaciones para llegar a una redistribución espacial más favorable de la población.

Podemos subrayar el dinamismo de las sociedades implicadas. Para ellas la movilidad no es forzosamente una “respuesta” a un estímulo, es también un elemento constituyente del sistema social, una de las prácticas básicas del espacio cotidianamente vivido. La “pequeña” movilidad —a corta distancia o de poca duración— tiene un significado. Mucho más que un movimiento anárquico, subraya todo un abanico de posibilidades dentro de espacios muchas veces percibidos como estáticos y cerrados.

Hemos visto que, en todos los niveles, los comportamientos y las prácticas en el espacio eran diferentes entre la sierra y la zona baja. En los altos, el espacio es redefinido sin cesar, recompuesto por las colectividades campesinas, las cuales, aunque sometidas desde hace varios siglos a las iniciativas exteriores, han guardado cierto margen de maniobra. La movilidad colectiva, histórica y contemporánea, se da en el marco de un espacio culturalmente apropiado, por comunidades ligadas a sus territorios. Ella es señal de un espacio vivo, que reacciona; un espacio de movilidad estrechamente ar-

ticulado con la zona baja, que le proporciona las oportunidades de trabajo. En la zona cafetalera, al contrario, la movilidad es sobre todo individual o familiar. Los espacios de movilidad están contruidos más bien según redes de conocidos, familiares o de clientela, esencialmente destinados a facilitar oportunidades de trabajo. Los esquemas de repartición y distribución de la población, responden a implantaciones de colonizadores (las haciendas), a movilizaciones recientes con la intervención del Estado (los ejidos). Lo que evidentemente no significa que sea una zona cafetalera estática —¡no lo es!—, sino un espacio desde siempre muy controlado, que casi no permite prácticas flexibles y colectivas.

Traducción: Sophie Leportier e Hipólito Rodríguez.

Recibido en enero de 1990

Correspondencia: El Colegio de México (CES)/Camino al Ajusco 20/C.P.01000/México, D.F.

Bibliografía

- Biarnes A. y O. Hoffmann (1989), "L'exploitation du versant dans la Sierra Madre Orientale, au Mexique: la gestion du différentiel agro-écologique". ORSTOM, Xalapa, mimeo. 16 pp. + fig.
- _____, Biarnes, A. y O. Hoffmann (1990), "La gestion du différentiel agro-écologique dans, La Sierra Madre Orientale (Mexique), *Cahiers Science et Humanités*, núm. 4, París.
- _____, *Cahiers d'Amérique Latine* núm. 12 (juillet-décembre, 1975), Les migrations au Mexique. Actes du 1er colloque franco-mexicain, IHEAL, París.
- Chambrezy, L. (1988), "La dispersion du peuplement de 1920 a 1980 dans le centre de l'état de Veracruz: pression démographique et course à la terre", ORSTOM-INIREB, mimeo. 64 pp.
- Costío Zavala, María Eugenia de (1986), *L'analyse des migrations internes mexicaines au niveau régional et local*, Documents de Recherche CRE-DAL, núm. 37.
- Hoffmann, O. (1986), Movimientos demográficos y economía cafetalera en la región central del estado de Veracruz: Xalapa-Coatepec, Cuadernos del IIESES, Xalapa, pp. 57-84.
- _____, (1987), Des chemins, pour qui, pourquoi et comment? Revendications et marges d'action paysanne dans les villages de la sierra veracruzaine au Mexique. Communication à la Table ronde CNRS-CECIED,

- “Besoins collectifs et rapports de pouvoir dans les villages et petites villes d’Amérique Latine”, Paris, 9-10 avril 1987, 21 pp.
- ____ (1989), “De los hacendados a los forestales: manejo del espacio, dominación y explotación del bosque en la sierra madre oriental (Cofre de Perote)”. 32 pp., TRACE, julio.
- ____ (1989a), “Márgenes de acción campesina y obras públicas: el caso de los caminos en pueblos de la sierra veracruzana”, *Nueva Antropología*, vol. X, núm. 35, pp. 53-64.
- ____ (1989b), “De los hacendados a los forestales: manejo del espacio, dominación y explotación del bosque en la Sierra Madre Oriental”, (Cofre de Perote), *Trace*, núm. 15, pp. 31-49.
- Nolasco, M., coord., (1979), *Migración municipal en México (1960-1970)*, SEP-INAH, México, 206 pp. + mapas.
- Revel-Mouroz, J. (1971), *Aménagement et colonisation du tropique humide mexicain*, Travaux et mémoires de l’IHEAL, Paris, núm. 27, 269 pp.
- Censos de población, estado de Veracruz 1920-1980.